

VIACRUCIS'2018.

(Imágenes de Lina Valero)



*Jesús muere
en la cruz.*

Grito.
Armonía desafortunada.
Triduo agónico
y solitario.

Trastorno de la gracia asaltada por la nada.
Silencio.

Preséntate humilde ante el Señor.
Vete fijándote en las imágenes y leyendo
despacio los textos. Deja que el diálogo
fluya por unos instantes. Luego continua.

*Jesús es bajado de la cruz
y puesto en manos de su madre.*



La vida recoge
a la muerte
entre sus brazos.
Siempre lo ha hecho.
Y envolviéndola con
dolor y llanto clama
por una justicia

que ha sido torturada hasta la aniquilación.

Jesús es sepultado.



Al final la tierra
era un caos informe
y el Espíritu de Dios
aleteaba sobre el barro
afligido. En el seno de la
tierra se gestaba
la nueva creación

en un embarazo difícil, necesitado de aquella
espera que, como María, anhela que se
pronuncie definitivamente su nombre real:

*Mujer, eres carne de mi carne,
eterna en mi amor.*



Mientras la oscuridad del suelo quería
retenerme, contemplé asombrado la carne
revestida de gloria, vestida como una novia.
Y oí una voz: *Mirad que hago todas las cosas
nuevas.* Y mi rostro se empapó de alegría.
Entonces descansé confiado.



PRÓLOGO

*Y vio Dios
al ser humano
y se dijo: "Está bien. Es bueno y bello".
Y descansó confiado.*

Jesús es condenado a muerte.



Miré. Vi lo que no
era mío y fijé allí mi
corazón. Envidia
asesina que ciega el
camino para, con mi
hermano, ser hijo de
Dios. Y ahora todo
hombre, también Cristo
es sospechoso de
querer robarnos el ser y debe ser condenado.

*Jesús carga
con la cruz.*



Y si la vida se hacía
ligera alentada por los
propios dones, se
convierte en una carga
cuando quiere arrebatar
los del otro. Carga de

violencia para él. Carga de resentimiento para mí.
¡Y cuánto pesa la vida enfrentada!

*Jesús cae
por primera vez.*



Cuanto menos tomamos
aliento en Dios más nos
sabe la saliva a barro.
Y al caminar vamos
masticando

el peso de este cuerpo apesadumbrado.
Y aún es peor para aquel que pisamos.



Jesús se encuentra con su madre.

Apenas reconocemos ya la mirada que nos dio a luz, ni recordamos que ante ella podemos llorar para volver a sonreír.

Es ella quien ahora nos acompaña con su llanto. Lluvia de luz triste que quiere fecundar el barro.



Jesús consuela a las mujeres...

...junto a los canales de Babilonia. Cuando ni siquiera pueden cantar nanas dulces a los niños que nacen,

cobra voz en el río de las lágrimas un susurro compañero: *Yo estoy aquí.*



El círineo es obligado a ayudar a Jesús.

En medio del infierno una mano amiga. *Te llamo amigo, pues me he desnudado frente*

a ti, dejé mi coraza guerrera y puse mi espalda a tus pies, mi mejilla en tus manos. Ahora puedes escoger mi cruz para hacerte libre y bueno.



Jesús cae por tercera vez.

Como los profetas que pierden su cuerpo sin encontrar una tumba que les recoja.

Su vida se ha hecho palabra y esta siempre llega herida. El que la recoja y la cuide será sanado. Gran misterio.



La Verónica enjuga el rostro de Jesús.

La verdad solo se muestra como juego de caricias entre seres humanos heridos. Se intuye allí el cantar

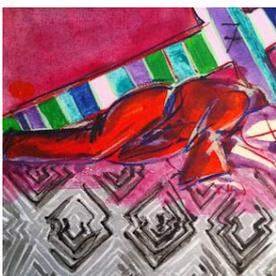
de los cantares imprimiendo su gracia en un velo de amor que recoge las heridas.



Jesús es despojado de sus vestiduras.

A pesar de todo, cuando en la lucha nos hemos arrancado la piel fraterna y, en carne viva, no parecemos humanos,

nos viste la mirada de lo alto, como una brisa invisible de amor casi imposible de reconocer.



Jesús cae por segunda vez.

Se derrumban uno tras otro los imperios del yo de barro. Sin solución. Y de su templo en ruinas

mana una corriente salina que arrastra gritos y lágrimas dejando a su paso tierra árida donde solo crecen tristezas solitarias.



Jesús es clavado en la cruz.

Pena disuasoria ideada por el reverso maligno de nuestra carne desalentada.

Alejaos del maldito y venid al mundo, dice el seductor, que se cobrará finalmente nuestra vida como trofeo de muerte.